

crítica de la poesía italiana actual

o Montale

eratura, las letras
oetas contemporáneos



Eugenio Montale

tolcolmo leyendo un hermoso discurso: «Todavía es posible la poesía», era su título. Las universidades de Roma, Milán y Cambridge le otorgaron el título «Honoris Causa».

La conciencia crítica

Con nostalgia la recuerdan ahora sus compañeros de redacción en el «Corriere». Trabaja con plena dedicación, respetando los horarios, todos los días en el periódico, «no rechazaba ningún tipo de trabajo, dividía el despacho con otro redactor, muebles grandes, su mesa era un espejo de orden, los periódicos de una parte, las cartas en otra, una pequeña pila de libros. En una mesita la máquina de escribir, sobre la que pulsaba lentamente, con un dedo sólo».

A la Italia continuamente conmovida por un tiempo presente de grandes dificultades se le ha ido un hombre que le proporcionaba gloria, pero también una voz que describía con poca amargura la realidad de nuestros días. De alguna manera era la conciencia crítica, «El burgués honesto de honesta memoria», como le definiría el poeta Eduardo Sanguinetti. — José Luis MARTÍNEZ.

Como una catedral

PERIODISTA, decía en la recepción de cualquier hotel; periodista, le respondía a la mujer de cualquier diplomático acreditado o desacreditado en cualquier consulado de cualquier país en Milán; periodista del *Corriere della Sera*, sección de crítica literaria, per piacere. Por favor, no se crean que escribo por embromarles, porque así era el mejor poeta italiano de este siglo: le daba no sé qué —si sé— clase de rubor llamarse poeta. Y según quien así le llamaba no era siempre bien correspondido: ya saben que anda y anduvo y andará siempre mucho petimetre intelectual, lo de intelectual es un decir, rondando a la gente que huele a laurel. Y Montale olía a laurel mucho más de lo que olió nunca el mismo Apolo abrazado al tronco de Dafne, con los brazos-ramas de la muchacha estremeciéndose sobre su cuerpo. Y eso viene de lejos, pues ya jovencito era aromático. Me explico.

El poeta genovés cuya muerte hoy lloran miles de personas que jamás le leyeron, ni siquiera en traducciones bonaerenses, había ya publicado varias entregas de poesía antes de editar *Ossi di seppia*, que apareció en 1925. Es decir, que sin cumplir los treinta años, gozó en reducidos pero solventes círculos, de gran consideración y renombre. Sin buscarlo, sin dar con el codo a nadie, sin mariposar o hacerse el maldito, el joven Eugenio Montale fue considerado el líder de la *troika* que hizo brillar fuerte la tendencia poética italiana llamada *hermética*: Montale, Ungaretti y Quasimodo por este orden. Eran tiempos raros: Mussolini ya estaba en Roma, y más del ochenta por ciento de la población italiana admiraba su calva, sus discursos, sus pantalones enormes y su mano dura. Así les daba gusto a casi todos, pero no a todos. Los ermetici estaban hartos del aprovechamiento que los camisas negras practicaban, barriendo para casa, de la *grandilocuencia* de D'Annunzio, del clasicismo de Carducci, del futurismo de Marinetti —sí, también aquello de que un tren o un coche lanzado a más de cien kilómetros por hora es más bello que la Victoria de Samotracia, fue aprovechado por la bella y hue-ra retórica de los fascios, por favor— e incluso de la sencillez ruborosa de los *crepusculares*. Todo lo aprovechaban aquellos *cavallieri* sin caballos y sin caballerosidad. Y los herméticos, dije, se hartaron, se molestaron grandemente y reaccionaron encabritados, como es lógico

y natural. Y con Montale de oficio dijeron: si ellos deslumbran con su falsa transparencia, que nada deja ver si no es una resaca tajada de mortadela o una *baretta* a punto de disparar, nosotros les vamos a dar con la dureza y la contundencia de la pasión desnuda, sin velos, sin gaudraps, sin adornos, casi sin gaudraps, sin adornos, casi nosotros la palabra y el rumor.

A Si fue y así quedará para la historia de la mejor literatura italiana de este y de muchos siglos la intención de Montale. Súmese a eso el don prodigioso de su verbo poético, su deslumbrante intuición, su modo de decir cosas que todos habían sentido y hacérselas sentir por vez primera, ya que no todos notan lo que sienten si el poeta, como él era, no se lo hace notar.

Tengo delante sus libros posteriores a *Ossi di seppia*, y cualquier cita de cualquier poema podría hacerse entrar aquí con calzador o sin él. Pero no voy a hacer eso. Los libros son: *La casa del doganiere*, de 1932; *Le occasioni*, de 1939; *Finisterre*, de 1943; *La bufera e altro*, de 1956. Mucho después le dieron el Premio Nobel, que anteriormente habían dado a su compañero y amigo Salvatore Quasimodo. Pero repito que ese hombre ya era poeta en los años veinte, un gran poeta. Esto lo sabían entonces solamente unos cientos de espabilados, de buenos catadores de poesía. Y entre esos cientos, de todos los lugares de la tierra, estaban también algunos compatriotas nuestros: el maestro J. V. Foix, afilando sus plumas y sus uñas; el crítico literario Juan Ramón Masoliver, que ya a principios de los treinta honraba las páginas de «La Vanguardia» con sus crónicas, como más tarde hizo con las páginas de *El Sol*; o el filólogo —y tío de mi mujer— Eloy Robusté, escribiendo para *La Publicitat*. Sí, la cosa viene de lejos, pero no tanto como para que no haya gente que nos lo pueda contar, y muy bien.

Desesperanzado cantor de la esperanza, de esa esperanza que ahora parece que sólo sabe bailar chá-chá-chá, Eugenio Montale, periodista, por favor, que tenga usted buena nada. En su despacho del *Corriere della Sera*, en donde usted me citó varias veces, alguien habrá ya arrancado la hoja del 12 de septiembre de 1981. Fue usted un gran poeta siempre, desde que nació hasta anteayer: el mejor de todos, usted lo sabía.

José Agustín GOYTISOLO

SIN ABJE
TIENEN ELLOS
TIENEN EL
(RUIA)